

# Entrevista a: Jacqueline Clarac de Briceño

*Texto: Rebeca Guerra y Nany Goncalves  
Fotografías Universidad de Los Andes*

Nacida en las Antillas Francesas el 24 de julio de 1932, Jacqueline Clarac estudió pintura en la Escuela de Bellas Artes de Valencia, donde conoció a su esposo José Manuel Briceño Guerrero. En la escuela de Bellas Artes de París y luego en el Taller de Pintura de Arnulf Neuwirth en Viena, continúa sus estudios de pintura mientras su esposo realiza estudios en Filosofía a nivel de postgrado. En Viena se interesa por los cursos de etnología y de arqueología y a su regreso a Venezuela cursa estudios de Antropología en la Universidad Central de Venezuela, posteriormente se traslada a la ciudad de Mérida donde actualmente se desempeña como profesora titular del Departamento de Antropología y Sociología de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes.

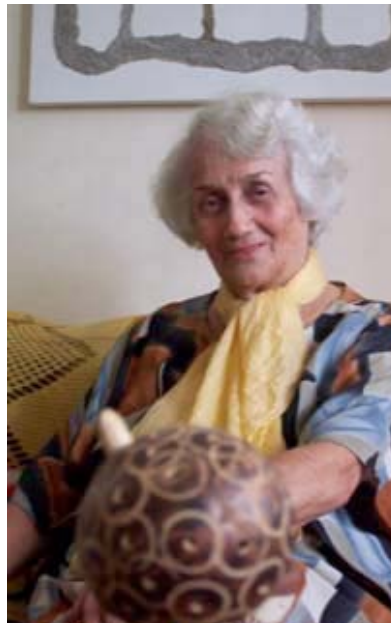


Recibió el premio Libro de ORO 1988 y comparte con otros autores el Premio Internacional UNESCO 1993 al Mejor Libro en español.

Jacqueline Clarac es la fundadora del Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez y promotora del Museo de Lagunilla, el Museo Comunitario de Timotes y el Parque Paleo-Arqueológico Llano de Anís, experiencias que comenta en esta entrevista.

### -¿Recuerda su primer contacto con los museos?

Bueno, estudié pintura en el Museo de Bellas Artes de Valencia y recuerdo que iba a veces al Museo de Ciencias Naturales y al de Bellas Artes de Caracas. Luego viajé a Europa con mi esposo donde visité muchas veces el Museo del Hombre de París (donde había muchas piezas arqueológicas y etnográficas venezolanas), varios museos de arqueología, geología, cultura africana, bellas artes, en ciudades como París y Viena. Para entonces todavía no había pensado en que me iba a tocar hacer un museo algún día. Cuando regresamos del postgrado de mi esposo inicié estudios de Antropología en la Universidad Central de Venezuela, me gradué, concursé y comencé a trabajar en la UCV. Poco después la Universidad fue allanada, el ejército estaba dentro, fue entonces cuando pedí cambio para la Universidad de Los Andes (ULA), ya mi esposo trabajaba allí.



### -¿Cómo fueron los inicios del Museo de Arqueología?

Estando en el Departamento de Sociología y Antropología de la Facultad de Humanidades de la ULA, me di cuenta que había mucho material arqueológico interesante que estaba metido en cajas. El Prof. Jorge Armand, que era arqueólogo, también vino a trabajar allí y le ayudé a organizar

una exposición en un espacio reducido de la vieja Facultad. Esa exposición tuvo mucho éxito y en base a ello Jorge consiguió que el Rector de la Universidad alquilara una pequeña casa en la calle 25 para instalar ahí un museo, pero éste nunca fue reconocido por las autoridades y por los colegas que estaban en el departamento donde trabajábamos, por el contrario estaban en desacuerdo con su creación. Con el tiempo Jorge Armand se fastidió de la situación y se fue, me quedé sola.

Posteriormente el Vice-rector me ofreció recibir una enorme colección de piezas arqueológicas que había comprado el rector anterior a un coleccionista de Timotes, yo

le dije que lo lamentaba pero que no la podía recibir porque no había espacio suficiente en ese museo y además se requería un laboratorio de restauración y una restauradora-conservadora. Entonces fue cuando con la ayuda del Vice-rector Académico, Dr. Aguirre Pe y el Rector, Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, personas muy abiertas y comprensivas, nos consiguieron en el mismo edificio del rectorado un espacio (ala derecha) de donde acababa de mudarse la Facultad de Derecho a sus nuevos edificios de la Liria.

Construí el museo con la ayuda de algunos colegas de otras especialidades científicas. Con PLANDES y con los estudiantes que estudiaban y trabajaban en investigación conmigo, en etnología, antropología social y arqueología. Entre todos logramos organizar la primera exposición del museo, en diciembre 1986, que también fue un éxito, no era todavía acerca de la Cordillera de Mérida porque todavía no teníamos suficientes datos de investigación al respecto. Hice un Proyecto de Reglamento de dicho museo, a petición del vice-rector, le puse el nombre de Museo Antropológico, pero el Consejo Universitario le cambió el nombre y le puso Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez, en homenaje al hermano del rector que había muerto, y que en vida había estudiado en Europa y había trabajado en lo que entonces se llamaba “Prehistoria”.

El museo comenzó a funcionar en noviembre 1986, hace 26 años. Desde que lo abrimos, cosa que hice con la ayuda gratis de los estudiantes, quienes trabajaron en esto con mucho entusiasmo, el Museo jamás había cerrado sus puertas en vacaciones, era la única parte de la Universidad que quedaba abierta, gracias a la ayuda de esos estudiantes a quienes se empezó a pagar con el dinero de las entradas y de las ventas de libros, revistas científicas, tarjetas postales de nuestras piezas, objetos artesanales, etc... que se podían adquirir en un pequeño quiosco. Esto fue así hasta hace poco más de un año, cuando debido a un hecho delictivo que se presentó, ya que entró al museo un hombre que aprovechó la falta de vigilante en ese momento y robó a los estudiantes el dinero recolectado por ellos, afortunadamente no se llevaron piezas de la colección pero las autoridades de la ULA decidieron que por seguridad no abriéramos más en vacaciones. Esa fue una decisión poco acertada, pues el museo ya era conoci-



do nacional e internacionalmente, y las agencias de turismo nos enviaban regularmente grupos de turistas, había también muchas familias venezolanas de otras regiones que venían siempre a ver lo que teníamos de nuevo en el museo...

-¿Cuántos años tiene al frente del Museo?

Desde un principio las autoridades me nombraron Directora. El museo no contaba entonces con un personal y no había ningún investigador. Pedí prestada a una restauradora-conservadora que se había preparado en el Programa de Arqueología de Rescate del Zulia, Mariela Henríquez, la pagaba a ella y a unos estudiantes que trabajaban conmigo, como Antonio José Niño, Carlos García Sívoli, Francisca Rangel (quien iba a ser luego la coordinadora de la Biblioteca y la

encargada de la planificación de las visitas guiadas de los alumnos de las escuelas de la ciudad), Miguel Ángel Rodríguez, Belkis Rojas, José Luis Quintero, Reina Aranguren, los pagaba a todos ellos una miseria a través de proyectos de investigación que yo presentaba al CDCH de la ULA y que tenían en esa época poco financiamiento. Hacía las investigaciones con ellos, poco a poco los fui incorporando al museo a través de contratos, cuando se graduaban, hasta que logré con el transcurrir del tiempo tener personal fijo, actualmente somos un equipo de más de 12 personas: Un arqueólogo que se formó también en el Programa de Rescate Arqueológico de Zulia ( cerrado por Lusinchi), Antonio Niño, otros dos arqueólogos (Lino Meneses, hoy coordinador del Museo, y Gladys Gordones, a quienes traje de la UCV en 1994), un bioantropólogo (Carlos García Sívoli, quien es también antropólogo dental), una bibliotecaria, una restauradora-conservadora, un técnico de registro y fotografía (Heriberto Monsalve), tres secretarías (Lyssette, Alejandra, que son del museo y María Eugenia que nos asiste en el Doctorado de Antropología y en la Maestría de Etnología), sin ellas tres no hubiésemos podido trabajar; un asistente de trabajo de campo arqueológico (Ramón Ibarra), un administrador (José Luis Lara), una encargada de la principal sala de exposición, Aidé, del quiosco y de las entradas, una joven bedel (Ana). Todo el personal estudia y trabaja. Tenemos también la ayuda y asesoría gratuita de otros especialistas de la universidad, a través del Jardín Botánico, la Escuela de Ingeniería Geológica, varios departamentos de Ciencias, Ciencias Forestales y el CIDIAT, el Laboratorio de Microscopía Electrónica...

Todos los cargos actuales fueron creados poco a poco para el museo a través del tiempo.



Tenemos actualmente el proyecto de transformación del Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez en instituto de investigación, pues el museo realiza actividades de investigación-acción en arqueología, paleoarqueología, paleobotánica, bioantropología, antropología de la salud y la enfermedad, etnopsiquiatría, etnohistoria, etnología, historia regional, tiene dos postgrados con muchos estudiantes colombianos y venezolanos, y se ocupa de práctica social en las comunidades.

### -Una anécdota del museo

Cuando las autoridades de la ULA me dieron el espacio para el museo, ese espacio lo quería la Facultad de Odontología. El Rector me recomendó que trabajáramos totalmente a puerta cerrada porque los estudiantes querían tomar el museo. Trabajamos dos meses encerrados, organizando el museo con los estudiantes y con PLANDES. Fue precisamente ese joven estudiante de historia que se había formado en el Programa Arqueología de Rescate del Zulia el que convenció al líder de los estudiantes de Odontología para que desistiera de la toma de nuestros espacios, le dijo así

más o menos: ¿cómo es posible que quieras tomar los espacios del museo para Odontología, cuando tú mismo puedes trabajar en la investigación de dientes prehispánicos que tenemos por las investigaciones anteriores como las del Prof. Armand, el Prof. Mario Sanoja? Así fue como lo convenció. Ese líder de Odontología en esa época es hoy bioantropólogo, hizo el doctorado en Barcelona (España), es un excelente investigador, parte de nuestro grupo de investigación fundado desde 1993 (el GRIAL) y es profesor en Odontología y en el Doctorado en Antropología.

### -La colección

Inauguramos el primer museo (el de la calle 25) con una exposición mínima por cuestiones de espacio, había en la parte alta de esa pequeña casa una gran cantidad de baúles, me preguntaba qué contenían esos baúles. Cuando los abrimos al instalarnos en el nuevo museo, nos llevamos una gran sorpresa, encontramos una cantidad de piezas arqueológicas y geológicas que habían sido donadas a la ULA por un viejo investigador en geología que era además amateur de arqueología, Menotti Spósito, además de algunas otras donaciones de habitantes de la ciudad. Nos ocupamos de clasificar todo ese material, con la ayuda de Mariela Henríquez, Antonio Niño, y los geólogos de la ULA. La colección geológica resultó ser la mejor colección geológica que había en el país. Tiene pequeños fósiles, piedras, rocas de todas partes del mundo (porque al parecer este investigador hacía intercambio con colegas extranjeros). Los estudiantes de geología de la universidad siempre vienen a estudiarla y nos ayudan a terminar de clasificarla. En dos oportunidades hicimos exposiciones geológicas que gustaron mucho al público, hemos hecho unas treinta exposiciones arqueológicas y etnohistóricas en el museo desde su fundación.

Hoy las colecciones han aumentado mucho gracias a nuestras propias investigaciones, las tenemos muy bien registradas, en fichas y a través de un programa computarizado. Participamos en el programa actual del Museo Virtual.

### -¿Qué le ha dado el museo como profesional?

Me ha dado muchísimo, ha sido una experiencia difícil pero muy rica. Por una parte los estudiantes, hacer un museo con estudiantes no ha sido fácil, pero sumamente interesante, ellos tenían siempre excelentes ideas; después con los colegas investigadores, a medida que se iban formando me iban aportando también a mí. Hoy en día todos ellos producen, han escrito libros, artículos. Tenemos una revista, el *Boletín Antropológico*, que creamos en 1982 en los inicios del pequeño museo de antaño. Esa revista la dirigí durante muchos años, ahora son los que trabajan conmigo los que la dirigen, yo estoy todavía en el comité. Hemos publicado alrededor de 73 números, entre los cuales un NÚMERO ESPECIAL que se dedicó a la destrucción del sitio arqueológico de la Pedregosa Alta (1988) por un señor que deseaba instalar en ese terreno una truchicultura y no quiso aceptar nada acerca de lo que procurábamos hacerle entender sobre Patrimonio Cultural. Lo apoyó el gobernador de entonces y la Iglesia de Mérida. Es la historia de esta destrucción relatada por mí, lleva muchas fotos y los informes que sobre el sitio escribieron varios colegas nacionales y extranjeros que lo habían visitado antes de su destrucción. Varios años después obtuvimos las fechas que correspondían a dicho sitio, era del siglo III a.n.e. hasta el siglo XI de nuestra era. Tenemos dos años sin poder imprimir dicha revista porque es muy costosa ahora la publicación y la universidad dice no tener recursos (pagábamos antes la mitad con nuestros ingresos propios, la otra mitad la daba el CDCHT o el CONAC), por eso hemos



tenido ahora que volverla digital.

### -¿Qué considera fue lo más valioso que le aportó al museo?

Su estructuración y la ayuda de muchos colegas investigadores (al principio estaban muy mal pagados ahora están un poco mejor), ellos trabajan en muchos proyectos y ayudan al museo a proyectarse no sólo nacional sino internacionalmente. También hemos publicado varios libros para niños sobre la historia de la Cordillera, sus mitos, la cultura de sus indígenas, y juegos para niños basados en la arqueología. Pienso que el museo ha aportado también mucho a la ciudad de Mérida, la gente escucha los programas radiales o de televisión que tratan de nuestras investigaciones, siguen ahora con mucho interés las aventuras que tenemos con el Parque Paleoarqueológico del Anís, los taxistas que me llevan al museo siempre me preguntan si hemos conseguido nuevos animales ahí...

### -¿Cómo influyó el museo en su vida familiar y personal?

La familia y el museo siempre han estado muy relacionados. Mi esposo siempre me ha dado respaldo, mi hija también, mi hijo cuando era un muchacho de 13 años me ayudó en la mudanza del museo, nos teníamos que mudar el último día de actividades de diciembre por los problemas que había con la Facultad de Odontología. Un mediodía el rector me



mandó a mi casa una nota que decía -Jacqueline usted tiene la mudanza del museo dentro de dos horas-, estaba almorzando con mi esposo y mi hijo, le dije a éste: búscate a unos amigos para que nos vengán a ayudar. Bueno, era un pequeño museo que teníamos que mudar, no teníamos casi muebles, lo único eran esos baúles...

A mi hijo siempre le gustó mucho todo lo que yo hacía. Cuando hacía trabajo de campo, algunas veces lo llevaba cuando era pequeño y a mi hija también la llevé varias veces antes de crear el museo. Mi hija

Cristina, por ejemplo, cuando ya estaba grande le decía la gente: ¿por qué estudias matemática en lugar de antropología o filosofía? Ella contestaba: la antropología y la filosofía son cosas de la casa...

Mi hijo era músico, murió infelizmente a los treinta y cuatro años, vivía con nosotros en casa, fue terrible. Dejó una cantidad enorme de partituras de música para orquesta, piano, violín, instrumentos y coros, yo estoy poco a poco sacando todo eso, con publicaciones y/o en CD. Gracias a Dios tengo a mi nieta que siguió viviendo con nosotros junto con su mamá. Yo me he ocupado mucho de ella, también le gusta mucho a ella lo que estoy haciendo en el museo, y en éste ella es nieta también de todos y todas.. La familia y el museo siempre han estado muy relacionados, por ejemplo, mi espo-

so ahora está esperando que hagamos en el museo la Paradura del Niño Jesús con los músicos campesinos, para asistir, porque en el museo hacemos todos los años en diciembre el pesebre y en enero la Paradura.

### -Coméntenos sobre la experiencia de los museos comunitarios

Con los museos comunitarios hicimos dos ensayos. El primer ensayo que resultó en parte fue el *Museo Comunitario de Timotes*. Yo tenía unos estudiantes de Historia que eran de esa zona, esos muchachos habían creado un grupo de rescate arqueológico, cuando descubrí eso les dije -está bien que se haga el rescate del patrimonio, pero si se hace sin metodología no se tienen los datos y no se puede reconstruir la historia-. Ellos entendieron eso, nosotros los ayudamos y logramos en base a lo que ellos habían “rescatado” hacer un estudio, como pudimos, haciendo comparación con otras piezas.

Con la ayuda del alcalde de la época en Timotes logramos obtener un espacio en la casa de la cultura, y ahí hicimos con los muchachos un pequeño museo comunitario atendido por ellos, especialmente Jesús Espinoza (Chuma), que luego fue Alcalde de Timotes y está publicando ahora su segundo libro: *El Encanto de los Encantos*, en base a sus recopilaciones etnográficas en su región; tuvo la gentileza de pedirme la Presentación escrita del libro. Procuramos conseguir que otros coleccionistas de Timotes entregaran sus colecciones al museo, lo que se logró muy poco, porque hay muchísimos que saquean los sitios arqueológicos, es una de las zonas más saqueadas por los coleccionistas en los Andes, después de Trujillo. En este último estado, la montaña sagrada de los

indígenas, la Teta de Niquitao como la llaman, estaba llena de arqueología que ha sido saqueada por coleccionistas de Caracas. Logramos hacer este pequeño museo arqueológico (1992) que aún permanece en Timotes y que tiene muchas actividades culturales.

El segundo fue el *Museo de Lagunillas*, Mérida, que debía ser también comunitario, alrededor de 1993-1994. La experiencia no fue buena, la idea era hacer el museo con la participación de los indígenas de Lagunillas, varias etnias que todavía tienen sus representantes con una cultura muy activa (Los Kinaroe, los Guazábara, los Kinanoques, los Muku-jumbu, los Casés), sin embargo esto jamás se logró, sólo les pidieron en Lagunillas hacer su danza de la Culebra la noche de la inauguración.

El Ateneo de Lagunillas fue encargado por el Concejo Municipal de la época, y más tarde fue ratificado por el Alcalde de Sucre para ocuparse de dicho museo. Dio un espacio el Ateneo en el edificio que le construyó INAVI para poder organizar el museo, a éste se puso el nombre de “Museo Histórico-Antropológico Julio César Salas”(los miembros de esta familia en Mérida donaron al museo colecciones de su propiedad). Se inauguró gracias a las investigaciones que teníamos en la zona, y más tarde logré con el Gobernador Jesús Rondón Nucete una beca para una estudiante de historia que se había formado durante dos años con Mariela en el Museo Arqueológico, pues le gustaba la restauración. Esa muchacha fue la restauradora del museo de Lagunillas durante dos años hasta que el Gobernador William Dávila le quitó la beca. El museo se quedó sin restaurador, hubo que cerrar el laboratorio que ella había comenzado a formar, el

museo se deterioró porque los alcaldes posteriores no quisieron dar ayuda, no pagaban la electricidad, se metieron los comejenes allí, hubo muchas dificultades que no tengo tiempo de contar aquí. Antes que la situación empeorara la Universidad nos pidió que retiráramos las piezas que habíamos prestado de nuestro museo, y así fue cómo se cerró el museo de Lagunillas. Hubo demasiados problemas ahí, tal vez porque jamás logró el museo pasar a ser comunitario (yo le entregué a la presidenta del Ateneo un modelo de museo como el de Timotes, pero no se utilizó). Además, un muchacho estudiante de la ULA fue a Caracas y registró el museo a su nombre, la comunidad de Lagunillas se molestó y la juez cerró las instalaciones con candado. Entonces ese muchacho abrió uno con ese mismo nombre en el Parque la Isla en Mérida, allí mostraba piezas “rescatadas”, extraídas con la ayuda de otros muchachos a los que pagaba él para que fueran a saquear las tumbas de Mérida. Cuando finalmente cerró dicho intento de museo del Parque La Isla, hubo el rumor de que se habían vendido las piezas saqueadas a turistas y el joven aquél fue a Caracas para seguir sus aventuras. Habría mucho más que contar de ese episodio, pero no hay tiempo ahora.

Recientemente quieren volver a abrir el museo de Lagunillas, porque se conoce la gran experiencia comunitaria que tenemos en el Anís, en ese mismo municipio (Sucre), les decimos a los que nos hablan del museo de Lagunillas que si se pone éste en manos de los indígenas (se trata de la reconstrucción de su pasado) aceptaremos colaborar.

### -Cuéntenos un poco sobre la experiencia de Llano del Anís

Hace cuatro años por casualidad se consiguió un molar de mastodonte en Llano del Anís, cerca de Chiguara. Fue una

*...En el caso del Museo Arqueológico el objetivo principal es concientizar a la gente acerca de su propio patrimonio y acerca de todo el tiempo que tiene en Mérida la cultura indígena, es decir, la historia de Mérida no empieza con la llegada de los españoles, es importante que ellos comprendan eso, se interesen y ayuden también a conservar su patrimonio*

campesina que lo consiguió, estaba recién viviendo allí porque esos terrenos han sido invadidos por los tovarianos para construir casas, son terrenos muy áridos, no sirven para la agricultura, inmigran ahí los de Tovar para acercarse a otras fuentes de trabajo como las ciudades de Mérida y El Vigía. Como no hay servicio de agua en el sitio, una campesina dejó una manguera abierta toda la noche, el agua fue excavando el suelo y trajo a la superficie una pieza que ella pensó que era un extraño pedazo de madera, como estábamos en diciembre trató de sacarlo para ponerlo en su pesebre, pero como no lograba extraerlo intentó con un pico y la pieza se partió en tres; al verla de cerca se dio cuenta que parecía el hueso de un gigante. Al día siguiente pasó por allí un diputado del Consejo Legislativo, la campesina le mostró los pedazos y él coincidió en que parecía un hueso, decidió traérmelo. Al verlo enseguida me di cuenta que eran pedazos del molar de un gran animal como los mastodontes que el Profesor Crucent había conseguido en el estado Falcón. Era domingo, al día siguiente lo llevé al Museo Arqueológico y



todos los jóvenes investigadores se entusiasmaron, nos fuimos al Anís inmediatamente para ver el sitio donde había sido encontrado, y decidimos trabajar en el lugar a partir de enero (2008). Los geólogos nos dijeron que se trataba probablemente de una antigua laguna de finales del *Pleistoceno* que se había secado, seguramente esos grandes animales quedaban atrapados en el barro cuando venían a beber.

Primero nos reunimos con la comunidad. Hay cuatro consejos comunales en la zona, les explicamos de que se trataba, hicimos un video para explicarles el por qué era interesante excavar ahí, si había un molar quería decir que allí había restos de animales, había que buscar eso, discutimos con ellos nuestro proyecto para la zona. Pasaron varios meses de reuniones, de ataques que recibíamos tanto de la comunidad como de investigadores de la Universidad que decían que era mentira, que eran vacas lo que había allí. Incluso al principio la misma mujer que había conseguido el molar decía que había soñado que los indígenas le decían que la gente de la Universidad no debía trabajar allí. Pero otra mujer de la comunidad que es sacerdotisa de María Lionza dijo otro día: -esta noche tuve un trance con la Reina y ella me dijo que hay que dejar trabajar a la gente de la Universidad porque eso va a ser para nosotros.- Finalmente logramos conseguir que la comunidad nos apoyara en su mayoría, y la campesina que fue la primera en conseguir el molar echa cuentos a los turistas y los distrae mucho con esto.

Hemos trabajado muy duro, logramos sacar un mastodonte casi completo -dicen que es uno de los pocos mastodontes casi completos que se han conseguido en el continente americano-, a cuatro metros de profundidad, en un terreno seco y muy duro, hemos conseguido otros huesos en el sitio pro-

bablemente de otros mastodontes y de un caballo pequeño (eohippus?) que había en esa época en América, el caballo empezó en efecto en América y se desarrolló luego en otros continentes. Ahora estamos empezando otras dos excavaciones, cubriendo los espacios de éstas con un techo, para instalarnos ahí antes de que se nos vuelva a destruir más huesos. En efecto, uno de la comunidad -el que construye ahí casas para alquilar a los demás campesinos inmigrados a la zona- desobedeció la orden del alcalde de no seguir abriendo el suelo con máquina, y con una de éstas, un domingo, destruyó lo que parece ser otros dos animales de la época, probablemente un megaterio y otro mastodonte, cuyos huesos minimizados por la máquina tenemos en el laboratorio del museo en Mérida.

El problema principal que tenemos es el de financiamiento, y la falta de arqueólogos. Para una región tan rica en arqueología como la Cordillera de Mérida y su piedemonte de ambos lados, necesitaríamos tener unos 20 arqueólogos.

A pesar de todas las dificultades, el 31 de julio de 2011 logramos con la comunidad abrir el primer Parque Paleo-Arqueológico de Mérida. La comunidad organizó todo con los investigadores coordinados por Lino Meneses y Antonio Niño; todos los miembros del Museo Arqueológico colaboraron, nos habían prestado para la exposición una antigua gallera toda deteriorada; la volvimos a poner en buen estado, acondicionada para mostrar los textos científicos así como los objetos de las artesanas del Anís y de Chiguara. Uno de los campesinos que es escultor esculpió varios mastodontes para la ocasión, de distintos tamaños. El gobernador del estado y el Presidente de Fundacite-Mérida vinieron a inaugurar (el gobernador había dado 20 binoculares para el “recorrido geológico” así como los uniformes de los jóve-

nes guías y muchas gorras rojas con el nombre del Parque. Mandó instalar también las grandes Vallas que anuncian en la carretera la presencia de este parque). La Vice-Rectora Académica de la ULA asistió a la inauguración. Durante el mes de agosto y la primera quincena de septiembre se recibieron 2.500 turistas, las entradas costaban Bs 5, este dinero sirvió para los muchachos de la comunidad que sirven de guías y que recibieron entrenamiento con los arqueólogos –sobre todo Antonio Niño- y con los geólogos colaboradores (Omar Guerrero y Jaime Lafaille, este último es geofísico). La visita guiada comprendía tres espacios: a) la exposición de entrada, b) el sitio donde pueden ver la excavación que se realizó del mastodonte, c) el “recorrido geológico” donde se da explicación acerca de la formación de la Cordillera, y desde el mirador se siguen las explicaciones viendo la Cordillera en frente, con los distintos colores de esta formación.

Infelizmente el propietario de la gallera nos la pidió, y ahora falta la primera parte de la visita guiada pues no hemos logrado conseguir otro espacio para esto.

Esos jóvenes guías son diez, han aprendido arqueología, paleontología y geología. Seguimos trabajando con ellos; en época en que no hay muchos turistas –como ahora- trabajan sólo sábado y domingo como guías y el resto de la sema-

na se hace investigación y excavaciones en el sitio (Antonio Niño y Ramón Ibarra sobre todo, porque Lino y Gladys están ocupados en otros sitios, al sur del Lago y en el Páramo). Esta ha sido la mejor experiencia de comunidad que hemos tenido hasta el presente.



Pero queremos abrir allí un museo especialmente ideado para esa zona, porque la misma está a 400 mts de altitud, es muy cálida y no podemos llevar esos huesos al Museo Arqueológico, pues la ciudad de Mérida es muy húmeda y no sería conveniente. He hablado con el gobernador para sugerirle que abra un concurso para los arquitectos, a fin de hacer un museo in situ, donde podamos tener también un pequeño laboratorio de restauración, para que los huesos se queden allí porque la comunidad está muy interesada en guardarlos, se opone a que los llevemos a otra parte.

Necesitamos un paleontólogo. Hemos recibido en dos oportunidades la visita de un joven paleontólogo venezolano que ha estado estudiando en Chile, Jorge Carrillo Briceño. Haciendo un milagro he conseguido el dinero para traer de visita por diez días a un paleontólogo argentino del Museo de la Plata, el Dr. Alfredo Carlini, especializado en esos grandes animales del Pleistógeno, vendrá en abril.

### ¿Por qué y para qué ir a un museo?

Depende del museo. En el caso del Museo Arqueológico el objetivo principal es concientizar a la gente acerca de su propio patrimonio y acerca de todo el tiempo que tiene en Mérida la cultura indígena, es decir, la historia de Mérida no empieza con la llegada de los españoles, es importante que ellos comprendan eso, se interesen y ayuden también a conservar su patrimonio. Por ejemplo, en 1988 una gente destruyó totalmente un sitio arqueológico que tenía unos pequeños templos de piedra en ruinas, lo dinamitó. Este sitio fue visto por muchos arqueólogos que estaban en esa oportunidad en Venezuela para un Congreso Internacional de Arqueología que se realizó en Barquisimeto. En ese momento la ciudad de Mérida se dividió entre los que nos apoyaban y los que estaban en contra. Fue un momento en que la gente tuvo conciencia de que existen sitios arqueológicos, que el patrimonio no se debe destruir. Lo interesante del caso fue que, cuando supieron esto, los campesinos no dejaron al propietario subir las máquinas que necesitaba para hacer su truchicultura, y los bancos le rehusaron el préstamo para esto. Por eso cuando trabajamos en investigación de campo lo hacemos sobre todo con los jóvenes campesinos para que ellos también se incorporen a nosotros y enseñen a sus mayores.

### -¿Proyectos?

Mi vida está dedicada ahora al museo, a la investigación, a mis publicaciones y las de mis estudiantes, a mis clases en nuestra maestría y nuestro doctorado, a la publicación de las obras de mi hijo y terminar de criar a mi nieta, la hija que él nos dejó. Estoy escribiendo unos libritos para la escuela primaria, de historia de nuestra especie e historia

de nuestra región merideña. Quiero formar arqueólogos con un nuevo programa que espero poder presentar al ministro, tengo este proyecto, es un proyecto mucho más práctico que el que presenté en 2 ocasiones a la escuela de Historia de la ULA en estos últimos 10 años, y que ellos archivaron por no entender la necesidad de arqueólogos que tiene este país. Aprovechando ahora la experiencia del Anís, es un programa para formar in situ a los jóvenes de la comunidad que tienen talento, buena voluntad y sentido de cooperación; ya están entrenándose como guías del Parque, ellos podrían ayudarnos en las excavaciones, aprender restauración, laboratorio, la idea es formarlos en la teoría y en la práctica. Porque hay muy pocos arqueólogos en Venezuela, queremos formar gente joven de las comunidades, para que se interese por su historia antigua, sería la forma menos costosa de formarlos, pero necesitaríamos darles becas. Después de formarlos como “asistentes de arqueología”, los seguiríamos formando hasta nuestros postgrados, y dentro de pocos años tendríamos un buen grupo de jóvenes arqueólogos trabajando en el estado Mérida y a pie de monte, y, por qué no? en otras regiones de Venezuela... ■

Si quieres contarnos tu historia  
o la de alguien especial,  
escríbenos a  
[sistemanac.museos@gmail.com](mailto:sistemanac.museos@gmail.com)